

Publican CUENTOS DE ESCRITORA SANFELIPEÑA

* Destacada participación ha tenido la joven escritora sanfelipeña Mercedes Pimentel en el concurso de cuentos campesinos, organizado por la Fundación de Comunicaciones del Agro.

* Setenta y dos relatos escritos por diversos personajes de diversas partes del país forman parte de este libro que ha sido publicado gracias a la Corporación del Patrimonio Cultural y la Biblioteca Nacional.

No cabe la menor duda que el Valle de Aconcagua además de la riqueza de su tierra, posee una riqueza incalculable de poetas, narradores, pintores, escultores, ensayistas, payadores, que hacen de este rincón de Chile un lugar lleno de cultura y tradiciones propias de la gente de esta tierra. Como no recordar a Hermelo Anab-

na (Q.E.P.D.) que sin ser de esta zona logró avendarse y entregar todo su talento literario plasmado en más de 40 obras entre las que destacan: ensayos, poesías, novelas, poesía histórica y crónicas que sin lugar a dudas serán de consultas en un futuro cercano por parte de los estudiantes de nuestra provincia. Pablo Cassi y su «Veinte años de poesía» y la no menos singular «Española virginitad de las feás y otras»; María Cristina Soto Mayor y sus variados premios nacionales e internacionales; Carlos Ruiz Zaldívar y su «Romancero heroico de Aconcagua», las «Calles de San Felipe», el «Rocio Herminio» entre otras, y así la lista es más extensa; Ernesto De Blas, Azucena Caballero, Iván Merino, Myriam Vargas, Rodrigo Solo, Julio Zumaeta, todos con

libros publicados.

Tal vez se hallan quedado algunos nombres en el «tintero», pero la lista de talentosos escritores continúa extendiéndose. Una de ellas es Mercedes Pimentel, sanfelipeña y que hace más de una década -a pesar de su juventud- escribe cuentos y poemas que le han retribuido con importantes premios como: el primer lugar en la quinta región del concurso «Las mujeres escriben», organizado por Prodemu; así como el segundo lugar en el concurso de historia campesina organizado por Fucos con el cuento «Sentimiento ignorados» y tal vez el galardón más significativo ha sido la publicación de los cuentos crillistas «Para algo que sirva» y «La casa de las chabelas», los que debieron competir entre más de 7000 cuentos escritos por habitantes de distin-

tas lugares del campo chileno. Esta selección se realizó producto del trabajo de más de cinco años de concurso de cuentos campesinos, organizado por la Fundación de Comunicaciones del Agro (Fucos).

«Una Palomita en mi Palomar» es el título que esta fundación le ha entregado a los 72 escritos finalmente seleccionados, los que han sido editado tanto en español como inglés, y donde Mercedes Pimentel dejó inscrito dos interesantes cuentos con el sello de su particular estilo de narración. Desde esta tribuna queremos felicitarla e impulsarla a que siga escribiendo y participando en este tipo de concursos, y la mejor forma de retribuirle el gran trabajo y esfuerzo que está realizando, es poder publicar in-extenso el cuento «Para algo que sirva».



La escritora Mercedes Pimentel lee con atención su obra «Para algo que sirva» la que fue seleccionada entre 7.000 escritos.

Para algo que sirva

Mercedes Pimentel Bahamondes
Dueña de Casa. San Felipe

Desde lejos se veían los cerros sembrados de puntos blancos y negros que se movían nerviosamente. Eran las cabras que roían afanosas el esquivo pasto verde que se atrevió a salir después de las gotas de agua que reemplazaron a las lluvias. El aire era azul y el silencio, compañero de la paz, se había avencinado en el lugar. De no haber sido por aquella prolongada sequía, el pueblito escondido en algún lugar de la cuarta región, se hubiera dicho que era un lugar ideal para vivir. Sin embargo, hubo años difíciles, muy semejantes a los que se viven actualmente, en que se hacían grandes esfuerzos para conservar las siembras y los animales. En aquella época, haya ya muchos, pero muchos años, vivían Raimundo, Remigio y Reginaldo, tres hermanos que se habían criado con mate y leche de cabra. Los dos mayores, Raimundo y Remigio, les gustaba ayudar a su padre en las labores del campo. Sin embargo, Reginaldo, el menor, era más flojo y muy porfiado. Aprovechaba muy bien su condición de menor para salir siempre con su idea.

Al cabo de algunos años moría la madre de estos muchachos y la soledad y la pena de haber perdido a su compañera de toda una vida hizo apresurar la marcha del padre hacia el otro mundo también. Los tres hermanos, quedaron entonces solos y desamparados siendo aún adolescentes. El mismo año de la muerte de sus padres, en toda la región hubo un gran terremoto que dejó graves consecuencias, pérdidas de animales y derrumbes de casas, establos, corrales. Todo quedó sepultado entre las grietas de la madre tierra, que, como poseída por una fuerza maligna, ahogó entre sus brazos, los gritos de los animales alborotados, el rechinar de las tablas que se quiebran, los ecos de los palcos que caen y los pies de los hombres, que se confunden al igual que las bestias, exacerbandos su instinto por la vida, huyendo

asustados de la tierra enloquecida.

Raimundo, Remigio, Reginaldo, observaron el brillo intenso de las estrellas y una metálica luna se colaba entre las vigas de lo que antes había sido el techo de su casa.

Dos días después lograron sacar el habla, ya que tenían que en cualquier momento se les cayera un palo en la cabeza.

«¡Pucha, la marna embarradita!», se atrevió a decir Reginaldo. Haciendo a un lado piedras y terrones, logrando salir al patio.

«¿Qué dirían los viejos si estuvieran vivos? Pensó Raimundo, al ver tanta calamidad. Los derrumbes de muros y cercos habían sepultado siembras y animales y a otros los había hecho escapar despavoridos sin fin.

Los hermanos se persignaron al mismo tiempo y sin entender mucho lo que ello significaba, decidieron darle un nuevo rumbo a sus vidas.

«Tal vez sigan los temblores en esta tierra, así que será mejor que nos vamos hoy mismo de aquí, dijo decidido Raimundo.

«Bueno, ¿pero dónde nos iremos?», exclamó Remigio.

«Más al sur, en busca de algunos parientes del «viejo», que deben vivir cerca del pueblito de San Felipe, resolvió Raimundo.

«¿Y cómo llegaremos allá, si ni una mulita nos quedó?», preguntó sorprendido Reginaldo.

«No nos queda más remedio que irnos a pie, le contestó el hermano mayor. Por ahí sacaremos agua para el camino y si Dios es grande, llegaremos, y comenzaremos otra vida allá. Según lo que decía «el viejo», esos son lugares muy ne' bonitos, todito verde y con muchas frutas; agregó.

«Entonces qué estamos esperando?», se entusiasmó Remigio.

«Ningún problema, dijo Reginaldo, yo me llevaré la puerta!'

«¿La puerta? ¡Pero, para qué te vas a llevar la puerta, hombre por Dios!», preguntó sorprendido Rai-

mundo.

«¡Pa' algo puede servir, cito yo, contestó con seguridad Reginaldo.

«¡Pucha que soy tonto Reginaldo!», le increpó Raimundo. «¡Pa' qué te va a servir una puerta sin casa!

«Igual me la llevo, porfió Reginaldo.

«Deja esa puerta ahí hombre, le habló Remigio. ¡No te dai cuenta que vamos a caminar día y noches subiendo y bajando cerros!

«De qué se preocupan ustedes, si soy yo el que la va a llevar!

«Por la pucha que soy porfiado, cabro chico, esa puerta no nos sirve para nada, se enojó Raimundo.

«¿Cómo que no!, se defendía Reginaldo. Si hace frío, me tapo con ella y si hace calor me doy sombra. ¡Y ahora, qué dicen, sirve o no sirve!

«Bueno, bueno. Llévala, pero después no te quejes, dijo al fin el mayor para dar por terminada la discusión. Ya sabía él que con su hermano no se podía.

Finalmente partieron y los que los vieron pasar, no disimularon su extrañeza, de vera los dos muchachos y a una puerta con dos pies y a unos dedos flacos y sucios que la sostenían firmemente.

La noche los sorprendió caminando. Raimundo decidió parar y descansar un poco, para luego reanudar la marcha. Estaban en eso, bajo un enorme quillay, cuando sintieron que se aproximaba un galope de caballos.

«Será mejor que nos subamos al quillay, dijo Raimundo, no vaya a ser gente mal que ande por esta soledades.

Los dos mayores se subieron rápidamente. Sin embargo Reginaldo se quedó tratando de subir con la puerta.

«¡Deja esa porquería ahí nomás hombre y sube rápido, le gritó Remigio.

«¡No, no, no, eso sí que no. Cómo se te ocurre que voy a dejarla botada, le respondió el chico, qué tal si son ladronas y me la roban!

«¿Quién se va a llevar este tablón viejo, por Dios!

(Pasa a la vuelta)

554143

Gaceta

Municipal, San Felipe,

VII - 2000

P. 15

Publican cuentos de escritora sanfelipeña [artículo]

FECHA DE PUBLICACIÓN

2000

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Publican cuentos de escritora sanfelipeña [artículo]. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile